



AA# 2284

Los libros y los premios



Escribe
Jorge
Edwards

Lo importante son los libros, siempre que sean buenos. Los premios sirven a veces para pagar el arriendo, pero son, aparte de eso, secundarios, prescindibles, casi siempre desorientadores. La historia del Premio Nobel, por ejemplo, es desastrosa. En 1920, Joseph Conrad estaba vivo y había publicado ya la mayoría de sus grandes novelas. El premio, que se otorgaba desde comienzos de siglo, no lo tomó nunca en cuenta. Algo parecido sucedió con Henry James, con Marcel Proust, con Tolstói. He observado, sin embargo, cómo sufren algunos autores en vísperas de las reuniones de la Academia Sueca, cómo incluyen a Estocolmo en sus giras, cómo escriben ensayos para demostrar que un académico determinado, votante decisivo en lo que se refiere a la lengua española, es uno de los grandes poetas del siglo XX. En un concurso de arquitectura en el que participé como jurado, es decir, en calidad de intruso, alguien dijo: aquí, en este extremo del parque, debe estar la estatua de Gabriela Mistral, y acá la de Neruda. Pregunto por qué, y me dan una respuesta candorosa y categórica: porque son premios Nobel. ¡El Premio les da el ser, y no al revés!

El Premio Nacional de Literatura, a niveles locales, ha adquirido también una especie de dimensión mitológica. Luis Durand, que lo merecía por algunos de sus Sietecientos, se enfermaba tres meses antes de la reunión del jurado y seguía enfermo tres meses después, ya que no se lo sacó nunca. El galardón lo obligaba a vivir enfermo la mitad del año. Por mi parte, he llegado a pensar que los premios son la gran enfermedad de la vida literaria. Estuve hace años en un restaurante del norte de Italia y me hablaron de un premio que consiste en una comida de camaradería y en una de las piernas de jamón que colgaban del techo. A elección, supongo, del premiado. Soy partidario de los premios de esta naturaleza. Si el jurado es impecable, riguroso, de primera línea, sirve para llamar la atención sobre el libro premiado y para promover su lectura. El premio francés Gon-

court, que provoca la venta de centenares de miles de ejemplares, es un premio así, con una cantidad en dinero puramente simbólica. Yo estoy haciendo gestiones para organizar entre nosotros un premio de cuento "Federico Gana". Necesito un mecenas que se haga cargo de la comida, de la pierna de jamón, de alguna eventual caja de vino y de un honorario razonable para los miembros del jurado, ya que se requiere un jurado que lea, y eso es trabajo.

Los aspirantes de ahora se han indignado porque le dieron el último Premio Nacional a Alfonso Calderón y no a ellos. Calderón representa un tipo de escritor que se ha dado con alguna frecuencia en Chile y que no se somete con facilidad a las clasificaciones de género. José Bergamín decía que las literaturas francesa e inglesa son a la carta y que la española, en cambio, es de menú fijo. En la española, en otras palabras, sólo hay novelas o poemas, con algunas excepciones, y en la inglesa o en la francesa, además de grandes novelas, poemas, dramas, hay correspondencias, diarios, ensayos, aforismos, memorias. A mí me parece interesante que Alfonso Calderón no sea el cultivador profesional de ningún género fijo. Me gusta que su prosa sea más bien divagatoria, vagabunda, proclive al comentario de otros libros y otros fenómenos de la literatura. Son elementos que introducen variedad en el gallo de las musas, para emplear una expresión que usaban los griegos de la época helénica.

Calderón, en otras palabras, es un escritor que lee, y a veces me asaltan serios temores de que esta especie esté en vías de extinguirse. Todo el mundo en el Chile de ahora aspira a escribir, y casi todos pretenden saltarse la tarea, que consideran molesta, de tener que leer y entender la literatura. Doy una conferencia en cualquier parte y suelo recibir cartas admirativas, enconchadas de entusiasmo. Los aspirantes y las aspirantes, los escritores en ciernes, están muy orgullosos de tomarse una fotografía conmigo e incluso de beberse una cerveza. Pero a ninguno se le pasa por la mente leer algo del

autor al que pretenden admirar tanto. Organizo un taller y todos leen sus abundantes composiciones y se prodigan los elogios. ¿No les parecería interesante, sugiero discretamente, que hagamos un taller de lectura y que tratemos de hincarle el diente a algunos de los grandes libros de la historia humana? Se produce un silencio incómodo. Al cabo de un rato surge una persona franca y dice lo siguiente: lo que nosotros queremos, profesor, es que usted escuche nuestras obras y después nos diga que son lo mejor que ha escuchado en su vida. Ni más ni menos.

Abro un libro sobre Gustavo Flaubert y la tarea del escritor. En 1852, primer año de la composición de *Madame Bovary*, Flaubert, que tenía entonces 32 años de edad, leyó las siguientes obras: el *Asno de Oro*, de Apuleyo, el *Pericles* de Shakespeare, la obra de Rabelais, a quien releía sin cesar; *La Cabaña del Tío Tom*, los *Cuentos de Perrault*, el *Louis Lambert* de Balzac, las *Morales de Platón*, las obras de Juvenal, Ronsard, Montaigne, Montesquieu, el *Cándido* de Voltaire, el *Inferno* del Dante, cuatro tomos de las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, los *Cuentos de Madame d'Aulnoy*.

No conozco a Madame d'Aulnoy. No sé qué interés puede tener su colección de cuentos. En cuanto a *La Cabaña del Tío Tom*, fue una novela de gran moda y Flaubert la leyó, sin duda, para estar un poco al día. Aparte de eso, dedicó una cantidad inmensa de horas a leer y releer grandes clásicos franceses y universales. El trabajo literario es un sistema de vasos comunicantes entre la lectura y la escritura. Es un viaje de ida y vuelta: desde y hacia los libros. Si no fuera así, no valdría la pena. Si tuviera que elegir en forma hipotética entre leer y escribir, elegiría leer. Sin la más mínima duda. Leer, cuando se han escrito libros tan extraordinarios, no es más que una manía y una extravagancia. A veces me digo que en lugar de darnos premios deberían repartirnos castigos.

6 September 8-X-1988 P. 10

Los libros y los premios [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los libros y los premios [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile